Hermanos de las Escuelas Cristianas

La Salle

IN MEMORIAM

Hermano Vincent de Paul Rabemahafaly

«Una vida dedicada a Dios,
a la educación y a la fraternidad»

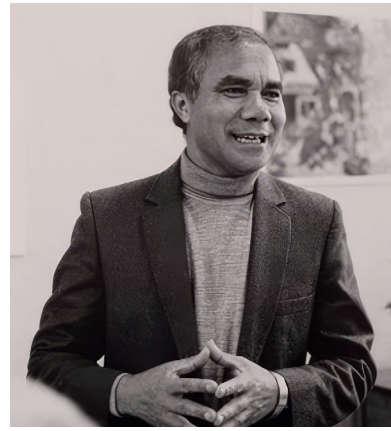
CIRCULAR

480

CIRCULAR 480
Octubre 2026

Hermano Vincent de Paul Rabemahafaly

«Una vida dedicada a Dios, a la educación y a la fraternidad»



Autores
H. Michel Zo Tolojanahary, FSC
H. Hilaire Raharilalao, FSC
H. Anatole Diretenadji, FSC

HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS
Consejo General
Roma, Italia

Circular N.° 480
Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas

En memoria del Hermano Vincent de Paul Rabemahafaly
«Una vida dedicada a Dios, a la educación y a la fraternidad»

Autores
H. Michel Zo Tolojanahary, FSC
H. Hilaire Raharilalao, FSC
H. Anatole Diretenadji, FSC

Dirección general
H. Santiago Rodríguez Mancini, FSC

Dirección editorial
Sr. Óscar Elizalde Prada

Coordinación editorial
Sra. Ilaria Iadeluca

Traductor
H. Agustín Ranchal, FSC

Coordinación gráfica
Sra. Giulia Giannarini

Maquetación
Sr. Milton Ruiz Clavijo

Producción editorial
Ilaria Iadeluca, Giulia Giannarini, Fabio Parente, Óscar Elizalde Prada

Impresión
Tipografía Salesiana Roma

Oficina de Información y Comunicación
Casa Generalicia, Roma, Italia

Octubre de 2026

Texto original en francés

ROMA,ITALIA
FRATRES SCHOLARVM CHRISTIANARVM
CASA GENERALICIA

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN *5*

CAPÍTULO I:
SEMILLAS DE FE *7*

1. Unas raíces familiares profundamente cristianas *7*
2. Una fe transmitida por su madre *8*
3. Las primeras raíces de su vocación cristiana *9*
4. El despertar de una vocación lasaliana *11*

CAPÍTULO II:
FORMACIÓN INICIAL EN EL INSTITUTO *14*

1. El ingreso en el Aspirantado: los primeros pasos de una vocación *14*
2. Del Noviciado a los votos perpetuos: el arraigo de la vocación *16*
3. Los formadores que moldearon al Hermano Vincent *18*

CAPÍTULO III:
UNA VOCACIÓN AL SERVICIO DE LA FORMACIÓN *21*

1. Formador en el Aspirantado: los inicios de una misión educativa *21*
2. El Hermano Vincent, acompañante de los novicios en Analabe *23*
3. Director del Escolasticado: formar a los futuros educadores lasalianos *25*
4. Una misión encarnada en la presencia y el acompañamiento *27*

CAPÍTULO IV:
ESTUDIOS ACADÉMICOS Y APERTURA INTERNACIONAL *29*

1. Formación en Roma: una apertura a la Iglesia universal *29*
2. Encuentros decisivos: maestros espirituales e intelectuales *31*
3. Una apertura a la universalidad de la Iglesia y de la misión *33*

CAPÍTULO V:
MISIÓN APOSTÓLICA Y RESPONSABILIDADES EN EL INSTITUTO *35*

1. Stella Maris – Tamatave:
los comienzos de un joven director misionero *36*
2. Visitador del Distrito de Antananarivo:
un liderazgo fraterno y participativo *38*
3. Participación en los Capítulos Generales:
en el corazón de la renovación del Instituto *40*
4. Consejero General:
una misión internacional al servicio del Instituto *42*
5. El Hermano Vincent y su contribución al desarrollo
de la Misión Lasaliana en África *44*

CAPÍTULO VI:
SERVICIO A LA IGLESIA DE MADAGASCAR *47*

1. Secretario coordinador del Episcopado de
Madagascar (2000-2009) *47*
2. Director de publicación de Lakroan'i Madagasikara:
una misión al servicio de la verdad *49*
3. El Hermano Vincent al servicio de la reflexión
eclesial y educativa en África *51*

CAPÍTULO VII:
ÚLTIMAS MISIONES Y CASA DE RETIRO *54*

1. Una fidelidad incansable al servicio
de las comunidades y de la misión *54*
2. El Hermano Vincent, formador y guía espiritual
de los Hermanos Jóvenes *56*
3. El Hermano Vincent al servicio del legado
espiritual del Beato Rafiringa *58*
4. Los últimos años: un testimonio de fe, sencillez y fidelidad *59*

CONCLUSIÓN *62*

ANEXO *64*

INTRODUCCIÓN

El Hermano Vincent de Paul Rabemahafaly fue una figura destacada de la Misión Lasaliana en Madagascar, en África y en el seno del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Religioso profundamente arraigado en la fe, educador, formador y hombre de Iglesia, dedicó más de setenta años de su vida al servicio de Dios, de la juventud y de la misión educativa. Esta biografía pretende rendir homenaje a su excepcional trayectoria, marcada por la fidelidad, la fraternidad y un compromiso constante al servicio de los demás.

Desde su infancia, influido por el ejemplo de una madre profundamente creyente, el Hermano Vincent desarrolló una sólida vida espiritual, así como un gran sentido del servicio y de la compasión. Muy pronto se reconocieron sus cualidades humanas e intelectuales, lo que le llevó a asumir importantes responsabilidades: formador de Hermanos jóvenes, Director de comunidades y colegios, Visitador del Distrito de Antananarivo, Consejero General del Instituto, Colaborador de la Conferencia Episcopal de Madagascar y agente comprometido con la Misión Lasaliana en África. A pesar de sus numerosos cargos, siempre se mantuvo como un hombre sencillo, cercano a las personas y profundamente apegado al espíritu de fraternidad.

Más allá del relato cronológico de su vida, esta obra pretende sobre todo poner de relieve el legado espiritual y humano que deja tras de sí. A través de su testimonio

de fe, servicio, humildad y compromiso misionero, el Hermano Vincent sigue inspirando a las generaciones de Hermanos, alumnos y colaboradores a los que acompañó. Su vida nos recuerda que una existencia entregada con fidelidad y sencillez puede convertirse en una verdadera fuente de esperanza para la Iglesia, la juventud y la Misión Educativa Lasaliana.

CAPÍTULO I:
Semillas de fe

1. Raíces familiares profundamente cristianas

El Hermano Vincent de Paul RABEMAHAFALAHY nació de la unión entre RAFARALAHY Benoît, cultivador de arroz en Ambohibary-Fahizay y posteriormente en Tapano, en el distrito de Ambositra, y RASOA Marie Madeleine, originaria de Salakaina–Maharivo, en el distrito de Fandriana. Ambos pertenecían a la etnia Betsileo del Norte, en la región de la Alta Matsiatra, antiguamente adscrita a la provincia de Fianarantsoa.

Creció en un entorno rural profundamente marcado por el trabajo de la tierra, la solidaridad familiar y la fe cristiana. La familia vivió primero en Ambohibary, antes de instalarse en Tapano, un pueblo fundado por su padre en las tierras ancestrales heredadas de su familia, al otro lado del río Imady. Rodeado de arrozales y de una vida sencilla de campesinos, el joven Vincent se inició muy pronto en los valores del esfuerzo, la perseverancia, la humildad y el sentido del deber, que marcarían de forma duradera su personalidad y su futura vida religiosa.

En aquella familia, la fe ocupaba un lugar central. La oración, la participación en la vida de la Iglesia y el respeto por los valores cristianos formaban parte integrante de la vida cotidiana. Este ambiente espiritual contribuyó en gran medida al despertar de su vocación y a la formación de un hombre profundamente apegado a Dios, a la sencillez y al servicio a los demás.

Vincent era uno de los seis hijos de la familia: RAMARIAVAO, la hija mayor; RAITASY, el hijo mayor; RAKATY, la segunda hija; RANANDRO, uno de los tres varones; BRIGITTE, madre del difunto Hermano Roger RAJAONASARY, sobrino del futuro Hermano Vincent, fallecido en 2013; y, por último, el Hermano Vincent RABEMAHAFALAHY, el benjamín de la familia.

Los profundos lazos que unían a los miembros de esta familia ejercieron una influencia determinante en el desarrollo humano y espiritual del joven Vincent. En ese ambiente familiar impregnado de afecto, solidaridad y respeto mutuo, aprendió muy pronto el sentido de la fraternidad, del sentido de pertenencia y del servicio a los demás.

2. Una fe transmitida por su madre

Entre las figuras que marcaron profundamente su infancia, la de su madre ocupaba un lugar primordial. El Hermano Vincent hablaba de ella con emoción y admiración, y la presentaba como una mujer profundamente creyente, totalmente dedicada a Dios y al servicio de los demás.

A pesar de las dificultades de la época, las largas distancias que había que recorrer y las condiciones a veces penosas, ella se mantenía fiel a la oración y a la asistencia a la misa dominical. Nada parecía poder debilitar su determinación de vivir plenamente su fe. Esa fidelidad silenciosa impresionó profundamente al joven Vincent, que veía en ella un testimonio vivo de confianza en Dios.

Su madre no se limitaba a practicar su fe en el ámbito personal; la expresaba de manera concreta a través del servicio a los demás. Visitaba regularmente a los enfermos, cuidando de los más frágiles con compasión y delicadeza. Vincent la acompañaba a menudo en esas visitas, descubriendo muy pronto el sufrimiento humano, pero también el valor del consuelo, de la presencia y de la escucha.

Así, junto a ella, aprendió poco a poco la compasión hacia las personas que sufren, el sentido del servicio desinteresado, la atención a los más pobres y a los más vulnerables, y la fidelidad a la fe cristiana a pesar de las pruebas.

Juntos, también acompañaban al padre Profita, un fiel amigo de su madre, que dedicaba su vida a reconciliar a las personas y a pacificar los conflictos. Esta cercanía con figuras eclesiásticas comprometidas contribuyó a forjar en Vincent una profunda sensibilidad espiritual, así como un gran sentido de la fraternidad.

Más tarde, el Hermano Vincent reconocería que estas experiencias vividas en la infancia fueron determinantes en la construcción de su vocación religiosa. A través del ejemplo de su madre, descubrió que la fe auténtica siempre se traduce en servicio, caridad y atención concreta hacia los demás.

3. Las primeras raíces de su vocación cristiana

Muy unido a su madre, Vincent participaba activamente en la vida de la Iglesia local desde muy joven. La acompañaba a las celebraciones, a los encuentros comunitarios

y a las diferentes actividades eclesiales del pueblo. Esta inmersión precoz en la vida cristiana contribuyó progresivamente a alimentar en él una verdadera sensibilidad espiritual.

A menudo evocaba con gratitud el papel que desempeñó su madre en el desarrollo de la comunidad católica de Fahizay: *«Mi madre fue una de los artífices de la Iglesia católica en Fahizay».*[1]

En aquella época, la fe cristiana aún tenía que arraigarse en algunos pueblos donde las creencias tradicionales seguían muy presentes. El Hermano Vincent contaba que entonces existían los «*vatolahy masina»,*[2] grandes piedras que se consideraba que estaban habitadas por los espíritus de los antepasados y que inspiraban mucho temor entre los habitantes.

A pesar de este contexto, los catequistas y las familias cristianas se comprometieron con valentía para hacer crecer la comunidad católica local. Un tal señor Benoît, acompañado de los «*Ray aman-dreny*»,[3] mandó construir una casa destinada a reunir a los fieles para la oración y las celebraciones cristianas. La comunidad puso esta obra bajo la protección de san Benito, nombre que posteriormente se le daría a la iglesia católica de Fahizay.

---

1 Palabras del Hermano Vincent recogidas por el Hermano Michel TOLOJANAHARY en 2021, mientras el Hermano Vincent estaba hospitalizado.

2 Esta expresión hace referencia a unas piedras grandes que indican la presencia de los espíritus de los antepasados.

3 Los padres.

El joven Vincent creció así en un entorno en el que la fe se vivía de forma comunitaria, valiente y misionera. Conservaba un recuerdo muy vivo de los momentos de oración compartidos con su madre: «Mi madre nunca se perdía la misa dominical y era una de las líderes de la comunidad. Recuerdo muy bien rezar con ella todos los domingos».[4]

Su madre también le inició en la visita a los enfermos de la región de Imerina, capital de los pueblos de la subregión de Imady. A través de estos desplazamientos, conoció al padre Julien de Croix, al padre Ofman y al padre Profita, todos ellos amigos íntimos de su madre y profundamente comprometidos con la evangelización y el acompañamiento espiritual de la población.

Estos encuentros y estas experiencias eclesiales marcaron profundamente al joven Vincent. Forjaron progresivamente su identidad cristiana y prepararon discretamente el terreno para el despertar de su vocación religiosa.

4. El despertar de una vocación lasaliana

El despertar de la vocación lasaliana del Hermano Vincent surgió en el marco de su vida escolar y del contacto diario con los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Muy pronto le llamó la atención su forma de vivir, su alegría contagiosa y su cercanía con los alumnos.

Recordaba especialmente el ambiente que reinaba en la comunidad: *«Había diez Hermanos en la comunidad que me*

4 Hermano Michel TOLOJANAHARY, 2021.

llamaban la atención por su alegría. Bromeaban con los alumnos, a pesar de la disciplina que nos intimidaba».[5]

A pesar del rigor de la disciplina escolar, los Hermanos sabían crear un clima de cercanía y fraternidad que dejó una profunda impresión en el joven Vincent. Esa alegría sencilla y fraterna despertaba en él una admiración silenciosa.

De entre todos los Hermanos, el que más le marcó fue el Hermano Louis Robert. El Hermano Vincent reconocía que le impresionaba mucho e incluso le inspiraba cierto temor. Sin embargo, fue precisamente este Hermano quien desempeñaría un papel decisivo en el despertar de su vocación.

Un día, cuando aún era alumno de cuarto de secundaria y salía para ir al baño, se cruzó con el Hermano Louis Robert en el patio. Este le preguntó qué hacía allí y qué planes tenía para su futuro. Vincent respondió simplemente que aún tenía que pensárselo.

El Hermano le planteó entonces esta pregunta directa: *«¿Quieres ser Hermano?»*. Pillado por sorpresa, el joven Vincent respondió espontáneamente y con humor: *«Nunca querría convertirme en un "Trimobe"»*.

El término «Trimobe» designaba, en el imaginario popular malgache, a un personaje que asustaba a los niños. Esa respuesta reflejaba a la vez el temor respetuoso que sentía ante los Hermanos y la imagen imponente que aún se hacía de la vida religiosa.

5 *Ibidem.*

Sin embargo, aquella conversación aparentemente anodina marcó un decisivo punto de inflexión. Ya el sábado siguiente, su nombre fue inscrito —sin que él lo supiera— entre los jóvenes aspirantes a convertirse en Hermanos de las Escuelas Cristianas.

A partir de ese momento, comenzó a participar en las reuniones de los aspirantes. Poco a poco, sin hacer ruido y casi a su pesar, se fue trazando el camino de su vocación. Lo que había comenzado como un simple encuentro en el patio del colegio se convertía ahora en el punto de partida de un itinerario espiritual y misionero que marcaría toda su vida.

CAPÍTULO II: Formación inicial en el Instituto

1. El ingreso en el Aspirantado: los primeros pasos de una vocación

A los catorce años, en 1948, Vincent cruzó por primera vez las puertas del Aspirantado de Soavimbahoaka. Esta entrada marcó una etapa decisiva en su vida: abandonaba progresivamente el entorno familiar de su infancia para emprender un camino de discernimiento y consagración religiosa.

En aquella época, aún era alumno de cuarto de secundaria y, exteriormente, apenas se distinguía de sus compañeros. Sin embargo, en lo más profundo de su ser ya maduraba una sensibilidad espiritual nutrida por la fe recibida en su familia, por el ejemplo de su madre y por el testimonio de los Hermanos, que habían despertado en él el deseo de abrazar la vida religiosa. La invitación a incorporarse al Aspirantado representaba, por tanto, mucho más que un simple cambio de colegio: encajaba en ella la intuición de una llamada interior y la apertura hacia una nueva vida.

El viaje a Soavimbahoaka fue en sí mismo una primera experiencia de desapego y de aprendizaje. Nada salió bien. El coche que debía llevar a los jóvenes aspirantes se averió en plena carretera, lo que provocó inquietud e incertidumbre en el joven Vincent. Para este adoles-

cente que abandonaba por primera vez su entorno familiar, esta dificultad adquirió casi el carácter de una prueba iniciática.

El trayecto tuvo que proseguir finalmente en tren, un tren que aún funcionaba con carbón. Vincent recordaba con precisión aquella experiencia memorable: el denso humo que invadía los vagones, las brasas ardientes que salpicaban a los viajeros, la ropa a veces dañada por las brasas. Contaba con sencillez: *«Incluso se nos quemó la ropa».*[6]

En retrospectiva, aquel difícil viaje parecía casi una imagen simbólica de su itinerario vocacional: abandonar las comodidades de la infancia, aceptar los imprevistos y avanzar, a pesar de los obstáculos, hacia lo desconocido a lo que Dios le llamaba.

Al llegar al Aspirantado, Vincent descubrió un mundo totalmente nuevo. La comunidad contaba con cerca de un centenar de aspirantes que convivían en un entorno estructurado por la oración, los estudios y la disciplina religiosa. Para él fue una mezcla de asombro, admiración y, a veces, intimidación. Sin embargo, en medio de ese entorno exigente, también descubrió la riqueza de la fraternidad y de la vida comunitaria.

Muy pronto entabló profundos lazos de amistad con algunos compañeros de formación, en particular con el Hermano Ferdinand, apodado *«Raolomasina» —«el santo»* — por su piedad y seriedad, así como con el Hermano Irénée, sobrino del Hermano Octave. Juntos compartían los estudios, las oraciones, las tareas cotidianas y los

6 Hermano Michel TOLOJANAHARY, 2021.

momentos de descanso, forjando relaciones fraternas que contribuyeron a moldear de forma duradera su identidad religiosa.

Así pues, el ingreso en el Aspirantado no supuso únicamente un cambio de lugar o de ritmo de vida. Para Vincent fue una auténtica experiencia fundacional, marcada por las primeras renuncias, las primeras fraternidades y los primeros pasos concretos hacia la vida consagrada.

2. Del Noviciado a la profesión perpetua: el arraigo de la vocación

Entre 1951 y 1958, Vincent siguió las diferentes etapas de su formación inicial en el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas: primero el Noviciado de Soavimbahoaka, donde tomó el hábito religioso el 15 de septiembre de 1951, y luego el Escolasticado, de 1952 a 1955.

Esos años fueron decisivos en la formación de su personalidad humana, espiritual y religiosa. Constituyeron para él una auténtica escuela de vida interior, de disciplina personal y de aprendizaje progresivo de la vida consagrada.

La vida cotidiana en el noviciado estaba profundamente estructurada. Las jornadas se regían por horarios exigentes en los que se alternaban: los momentos de oración comunitaria, los estudios, los trabajos manuales, los momentos de silencio, los ejercicios espirituales y la vida fraterna.

Esta rigurosa disciplina impresionaba a los jóvenes novicios. Exigía un esfuerzo constante de adaptación, autocontrol y perseverancia. Para Vincent, esta formación representaba un lento trabajo interior: aprender a disciplinar su carácter, renunciar progresivamente a ciertos apegos y profundizar en su relación personal con Dios.

Sin embargo, más allá de la exigencia de las normas, la fraternidad ocupaba un lugar esencial. Los jóvenes en formación encontraban en la vida comunitaria un valioso apoyo ante las dificultades del aprendizaje religioso. Juntos compartían las alegrías, las fatigas, las dudas y las esperanzas que acompañan a toda vocación naciente.

Poco a poco, Vincent comprendió que la vocación religiosa no se basaba únicamente en el entusiasmo inicial ni en la admiración por los Hermanos que había sentido durante su adolescencia. A partir de entonces, se convertía en un compromiso consciente, asumido libremente y profundamente arraigado en la fe.

Esos años de formación estuvieron marcados también por una profundización progresiva en la espiritualidad lasaliana. A través de la oración, el estudio y la vida comunitaria, fue descubriendo poco a poco los valores fundamentales del Instituto: el espíritu de fe, el celo educativo, la fraternidad, el sentido del servicio y la atención privilegiada a la educación de los jóvenes.

El 16 de septiembre de 1952, tras varios años de discernimiento y preparación, Vincent pronunció sus primeros votos religiosos. Este compromiso marcó una etapa decisiva en su vida. Mediante estos votos, consagró ofi-

cialmente su vida a Dios en el seno del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y entró de pleno derecho en la vida religiosa lasaliana.

Tras este importante paso, continuó su formación en el Escolasticado entre 1952 y 1955. Este período contribuyó a profundizar su preparación intelectual, pedagógica y espiritual de cara a las responsabilidades educativas y comunitarias que le esperaban.

El 24 de agosto de 1958 pronunció sus votos perpetuos, convirtiéndose así definitivamente en miembro del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Así pues, esos años de formación inicial marcaron profundamente al Hermano Vincent. Sentaron las bases sólidas de una vida religiosa caracterizada por la fidelidad, el sentido del deber, la fraternidad y el servicio a la educación cristiana.

3. Los formadores que moldearon al Hermano Vincent

Durante sus años de formación, Vincent tuvo la gracia de contar con el acompañamiento de varios formadores que ejercieron una profunda influencia en su maduración humana, intelectual y espiritual. Cada uno de ellos, con su personalidad y su estilo propio, contribuyó a forjar al religioso y al educador en el que se convertiría más tarde.

Entre ellos, el Hermano Polycarpe Marie ocupó un lugar destacado. Como responsable del Escolasticado, dirigía la comunidad con una firmeza exigente, pero siempre

imbuido de una auténtica solicitud paterna. Vincent conservaría de él la imagen de un formador atento, capaz de aunar autoridad, sentido de la disciplina y cercanía fraterna. Bajo su dirección, los jóvenes escolásticos aprendían a vivir con seriedad su compromiso religioso, al tiempo que desarrollaban una sólida vida interior.

El Hermano Michel Crousharga, de origen español, también dejó una profunda huella en el joven Vincent. Impresionaba por su rigor intelectual y su profundidad espiritual. Exigente en el trabajo y atento a la calidad de la formación, transmitió a los Hermanos jóvenes el gusto por el esfuerzo, la reflexión y la fidelidad a la vocación religiosa. Su ejemplo contribuyó a desarrollar en Vincent un gran sentido de la responsabilidad y una disciplina personal que caracterizarían toda su vida.

Por su parte, el Hermano Liandre Victor, francés reconocido por sus cualidades pedagógicas, ejerció una influencia especial en la forma de enseñar y acompañar a los jóvenes. Su sentido de la educación, su capacidad de escucha y su enfoque humano de la formación inspiraron profundamente a Vincent, quien aprendería de él la importancia de una pedagogía basada tanto en la exigencia como en la benevolencia.

Por último, el Hermano Henri, apodado «*Banga*»,[7] ocupaba un lugar especial en la comunidad. Como Hermano malgache más veterano, representaba una figura de estabilidad, sabiduría y arraigo local. Su presencia tranquilizadora

7 Persona que ha perdido los dientes.

y su experiencia ofrecían a los jóvenes religiosos un modelo cercano a ellos tanto cultural como humanamente.

A través de estas diferentes figuras, Vincent descubrió diversas formas de vivir la vocación lasaliana: el rigor espiritual, la fidelidad comunitaria, el sentido pedagógico, la autoridad fraterna y la dedicación al servicio de los jóvenes.

Estos formadores no fueron solo profesores o responsables disciplinarios. Se convirtieron para él en auténticos testigos de la vida religiosa, encarnando de manera concreta los valores que transmitían. Su ejemplo marcó de forma duradera su personalidad e influyó profundamente en la manera en que, más tarde, él mismo ejercería responsabilidades de formación con los jóvenes Hermanos.

Así, los años de formación inicial del Hermano Vincent se presentan como un período fundacional en el que, a través de las pruebas, la vida comunitaria, la oración y el acompañamiento de sus formadores, se fueron construyendo progresivamente las bases sólidas de una larga fidelidad religiosa y misionera.

CAPÍTULO III:
Una vocación al servicio de la formación

1. Formador en el Aspirantado: los inicios de una misión que se anunciaba gratificante

En la vida del Hermano Vincent RABEMAHAFALY, la misión de formador ocupó muy pronto un lugar central. Apenas finalizada su propia formación inicial, sus superiores discernieron en él cualidades especialmente valiosas para acompañar a los jóvenes en su itinerario vocacional. Su escucha atenta, su cercanía natural con los jóvenes, su sentido pedagógico, así como la profundidad de su vida espiritual, ya lo señalaban como un religioso capaz de guiar y formar.

Así, de 1955 a 1958, fue enviado al Aspirantado de Soavimbahoaka para asumir la misión de formador. Este nombramiento constituía una importante muestra de confianza, sobre todo teniendo en cuenta que él mismo aún era joven. Sin embargo, a pesar de su edad, ya daba muestras de una madurez notable y de un gran sentido de la responsabilidad.

El Hermano Vincent pertenecía entonces a la primera generación de Hermanos malgaches llamados a participar activamente en la formación de los jóvenes religiosos en un entorno aún animado en gran medida por Hermanos misioneros franceses. Esta situación lo convertía en un auténtico puente entre las culturas: arraigado en la rea-

lidad malgache y, al mismo tiempo, profundamente formado en la tradición lasaliana universal. Su presencia ya daba testimonio del desarrollo local del Instituto y de la confianza que se iba depositando progresivamente en los Hermanos autóctonos.

Paralelamente a su misión en el Aspirantado, también impartía clases en la Escuela Beato Rafiringa de Faravohitra, la tercera escuela lasaliana fundada en la capital. Cada día realizaba con fidelidad y sencillez los desplazamientos entre los dos lugares de misión. Esta doble responsabilidad le exigía mucha energía, organización y disciplina. Sin embargo, desempeñaba esta tarea con generosidad y serenidad, convencido de que formar y enseñar formaban parte de una misma vocación educativa y espiritual.

Lo que más llamaba la atención de él era su cercanía con los jóvenes. Tanto en el Aspirantado como en las aulas, sabía establecer una relación sencilla, fraternal y profundamente humana. Los jóvenes se sentían escuchados, comprendidos y animados a su lado. Su forma de acompañar no se basaba ni en la dureza ni en el autoritarismo, sino en una presencia discreta, atenta y exigente a la vez.

Cuando tenía que corregir o reprender a un joven en formación, lo hacía con delicadeza y discernimiento. Su objetivo nunca era castigar para humillar, sino ayudar a cada uno a crecer humana y espiritualmente. Esta actitud creaba a su alrededor un clima de confianza y respeto mutuo en el que los jóvenes podían desarrollar su personalidad y profundizar en su vocación con un espíritu de libertad interior.

Más que un simple educador, el Hermano Vincent ya se perfilaba como un auténtico acompañante espiritual. Por la coherencia de su vida, su fidelidad religiosa y su sentido de fraternidad, se convertía para los jóvenes en un testigo creíble de la vocación lasaliana. A través de su forma de ser, ya se perfilaban las cualidades de guía y líder que marcarían las importantes responsabilidades que asumiría más tarde en el seno del Instituto.

2. El Hermano Vincent, acompañante de los novicios en Analabe

De 1958 a 1961, el Hermano Vincent continuó su misión formativa en el Noviciado de Analabe, en Ambositra. Este lugar ocupaba un lugar fundamental en la preparación de los jóvenes llamados a la vida religiosa lasaliana. En un entorno marcado por el silencio, la oración y el discernimiento, acompañó con dedicación a numerosos novicios en su crecimiento humano y espiritual.

Su misión no consistía únicamente en transmitir conocimientos religiosos o en hacer respetar la disciplina comunitaria. Comprendía profundamente que la vocación religiosa debía acompañarse con paciencia, discernimiento y cercanía. Por eso se esforzaba por seguir personalmente a los novicios, atento a sus dificultades, a sus interrogantes y a su crecimiento interior.

Encargado especialmente de la enseñanza del catecismo, iba mucho más allá del mero marco doctrinal. Para él, enseñar la fe significaba despertar las conciencias y formar corazones capaces de encontrarse personalmente

con Dios. Su pedagogía se basaba en la sencillez, la paciencia y la profundidad espiritual. No buscaba tanto que memorizaran fórmulas como acompañar a los novicios hacia una fe viva, personal y encarnada.

A través de sus enseñanzas, iniciaba a los jóvenes religiosos en los fundamentos de la espiritualidad lasaliana y en la riqueza del carisma lasaliano, caracterizado por el espíritu de fe, el celo por la educación, el sentido del servicio, la fraternidad comunitaria y la atención privilegiada a los jóvenes, sobre todo a los más pobres.

Pero su verdadera influencia iba más allá del contenido de sus clases. Por su forma de vivir, su fidelidad a la oración, su sencillez de vida y su seriedad religiosa, se convertía él mismo en un modelo concreto para los novicios. Estos veían en él a un hombre profundamente arraigado en su vocación, coherente en sus compromisos y fiel a la llamada recibida de Dios.

El Hermano Vincent ejercía así una auténtica paternidad espiritual. Sin intentar nunca imponerse, sabía escuchar, animar y orientar con dulzura. Ayudaba a los jóvenes a descubrir progresivamente su propio camino vocacional, al tiempo que les invitaba a desarrollar una sólida madurez humana y espiritual.

Durante esos tres años en el Noviciado de Analabe, contribuyó profundamente a formar no solo a religiosos cultos, sino sobre todo a hombres capaces de vivir su vocación con generosidad, fidelidad y espíritu de servicio. Muchos conservarán para siempre el recuerdo de un for-

mador humilde, cercano y profundamente imbuido del espíritu del Evangelio.

3. Director del Escolasticado: formar a los futuros educadores lasalianos

La confianza que el Instituto depositaba en el Hermano Vincent se manifestó de manera aún más explícita cuando fue nombrado, de 1965 a 1966, director del Escolasticado de Soavimbahoaka. Esta responsabilidad representaba una etapa importante en su trayectoria, ya que lo situaba en el centro mismo de la formación de los jóvenes Hermanos llamados a convertirse en educadores y religiosos al servicio de la Misión Lasaliana.

Como director, no solo debía velar por la organización de la comunidad y el buen funcionamiento de la vida cotidiana, sino también acompañar de cerca el desarrollo espiritual, intelectual y humano de los escolásticos. Esta misión exigía una gran capacidad de discernimiento, paciencia y equilibrio personal.

El Hermano Vincent ejerció esta responsabilidad con mucha cercanía y sencillez. No buscaba imponer su autoridad mediante la rigidez o la distancia, sino a través de la coherencia de su vida y la calidad de sus relaciones fraternas. Su puerta permanecía abierta a los jóvenes Hermanos que acudían a él en busca de consejo, escucha o apoyo.

Su estilo de liderazgo estaba profundamente marcado por el espíritu de discernimiento. Sabía tomarse el tiempo necesario para escuchar antes de decidir, respetando

la libertad interior y el ritmo de cada uno. Esta forma de dirigir la comunidad favorecía un clima de confianza, responsabilidad y maduración personal.

Sin embargo, esta cercanía no significaba en absoluto una falta de exigencia. El Hermano Vincent concedía gran importancia a la calidad de la formación humana y espiritual de los escolásticos. Fomentaba la seriedad en los estudios, la fidelidad a la oración, el sentido de la disciplina comunitaria y la profundización en la vocación religiosa. Quería formar Hermanos sólidos, capaces de unir la vida interior, la competencia educativa y el compromiso apostólico.

Su benevolencia estaba siempre presente en su forma de acompañar. Incluso cuando tenía que corregir o recordar ciertas exigencias, lo hacía con respeto y delicadeza, buscando siempre el bien y el crecimiento de las personas más que la mera aplicación de las normas. Esta actitud revelaba una personalidad profundamente equilibrada, capaz de conjugar autoridad y dulzura, firmeza y compasión.

A través de esta misión en el Escolasticado, el Hermano Vicent contribuyó a formar a toda una generación de jóvenes religiosos. Más allá de una formación intelectual o disciplinaria, buscaba ante todo ayudar a cada uno a convertirse en un hombre profundamente arraigado en su vocación y dispuesto a servir a la Iglesia y a los jóvenes con fidelidad.

4. Una misión encarnada en la presencia y el acompañamiento

A lo largo de todas las responsabilidades que se le confiaron, el Hermano Vincent siguió siendo, ante todo, un hombre de presencia y acompañamiento. Su forma de vivir la misión iba mucho más allá de la mera transmisión de conocimientos o del ejercicio de una función institucional. Para él, educar significaba esencialmente acompañar a las personas en su crecimiento humano, espiritual y vocacional.

Creía profundamente que la calidad de una vocación no dependía solo de las competencias adquiridas o de las responsabilidades ejercidas, sino sobre todo de la profundidad de la vida interior y de la madurez humana. Por eso concedía gran importancia al acompañamiento personal de los jóvenes que se le confiaban.

Su misión se basaba, ante todo, en la presencia. El Hermano Vincent sabía estar cerca de las personas sin llegar nunca a ser intrusivo. Su disponibilidad, su sencillez y su atención discreta creaban a su alrededor un clima de confianza y serenidad. Muchos daban testimonio de que sabía escuchar con paciencia y acoger a cada uno con respeto, independientemente de las dificultades que se presentaran.

La escucha ocupaba también un lugar esencial en su forma de acompañar. No se limitaba a dar instrucciones o consejos; se tomaba el tiempo necesario para comprender a las personas, sus fragilidades, sus aspiraciones y sus interrogantes. Esta capacidad de escucha le permi-

tía ejercer un discernimiento acertado y profundamente humano.

La fraternidad constituía otro pilar de su misión. Tanto en las comunidades como en las casas de formación, siempre buscaba establecer relaciones sencillas, fraternas y respetuosas. Creía profundamente que la vida religiosa debía ser un lugar de comunión, de apoyo mutuo y de crecimiento común en la fe.

Por último, su influencia provenía sobre todo de su ejemplo personal. El Hermano Vincent enseñaba tanto con su vida como con sus palabras. Su fidelidad a la oración, su sencillez, su humildad, su sentido del deber y la coherencia de su vida daban credibilidad a su enseñanza. Sin buscar honores ni reconocimiento, daba testimonio cada día de una vocación vivida con autenticidad y generosidad.

Así, a lo largo de su trayectoria, el Hermano Vincent encarnó una forma profundamente humana y evangélica de vivir la misión educativa. A través de su presencia discreta pero fecunda, dejó en el corazón de numerosos jóvenes Hermanos la imagen perdurable de un educador atento, de un guía espiritual y de un auténtico testigo de la vida consagrada.

CAPÍTULO IV:
Estudios académicos y apertura internacional

1. Formación en Roma: una apertura a la Iglesia universal

Tras varios años dedicados a la formación de jóvenes formandos en el Aspirantado de Soavimbahoaka y, posteriormente, en el Noviciado de Analabe, el Hermano Vincent fue enviado a Roma para cursar estudios superiores de teología en el Instituto *Jesus Magister*. Esta nueva etapa representaba mucho más que un simple perfeccionamiento académico: constituía una apertura decisiva a la dimensión universal de la Iglesia y de la Misión Lasaliana.

Entre 1961 y 1964, cursó así un ciclo completo de tres años de estudios teológicos en un entorno intelectual especialmente exigente y estimulante. El Instituto *Jesus Magister*, gestionado por la Unión de Superiores Mayores, acogía entonces a numerosos religiosos y religiosas procedentes de diferentes congregaciones y de varios continentes. Este contexto internacional ofrecía un marco privilegiado para el intercambio, la reflexión y la profundización espiritual.

Para el Hermano Vincent, este período fue, ante todo, una etapa de maduración intelectual. Allí profundizó en su comprensión de la teología, la vida religiosa y la misión educativa de la Iglesia. Los estudios que cursó le permitieron consolidar los fundamentos doctrinales de su voca-

ción y desarrollar una reflexión más amplia sobre los retos de la formación religiosa en el mundo contemporáneo.

Pero esta etapa romana no se limitó al ámbito académico. Fue también una experiencia espiritual profundamente marcante. Vivir en el seno de la Iglesia universal permitió al Hermano Vincent descubrir de forma concreta la riqueza de la catolicidad: diversidad de pueblos, pluralidad de culturas, multiplicidad de sensibilidades eclesiales, pero también una profunda unidad en una misma fe y una misma misión.

En contacto diario con religiosos procedentes de todo el mundo, aprendió progresivamente a adoptar una visión más universal de la misión lasaliana. Él, que ya contaba con una sólida experiencia en materia de formación, descubrió entonces que la educación cristiana adoptaba formas variadas según las realidades culturales, sociales y eclesiales de cada país. Este descubrimiento amplió considerablemente su visión del Instituto y del servicio educativo.

Esta experiencia en Roma contribuyó también a reforzar su propia vocación. En un contexto de intenso trabajo intelectual y de vida comunitaria internacional, maduró humana y espiritualmente. Tomó mayor conciencia de las responsabilidades que la misión educativa exigía a los Hermanos de las Escuelas Cristianas en un mundo en profunda transformación, especialmente en los años posteriores al Concilio Vaticano II.

Así, los años que pasó en Roma constituyeron para el Hermano Vincent una auténtica escuela de maduración

interior. Le prepararon, de forma discreta pero profunda, para las numerosas responsabilidades internacionales que asumiría más tarde en el seno del Instituto y de la Iglesia.

2. Encuentros decisivos: maestros espirituales e intelectuales

Uno de los aspectos más determinantes de su estancia en Roma fue, sin duda, la riqueza de los encuentros humanos y espirituales que allí tuvo. Al Hermano Vincent le gustaba evocar con gratitud las figuras importantes del Instituto con las que tuvo ocasión de relacionarse en *Jesus Magister*. Estas personalidades marcaron profundamente su reflexión, su visión de la misión y su forma de vivir la vida religiosa.

Entre ellas, el Hermano James Lehy ocupaba un lugar especial en sus recuerdos. Doctor y profesor, causó una profunda impresión en el Hermano Vincent por la profundidad de su enseñanza y su exigencia intelectual. En contacto con él, descubrió una forma rigurosa y seria de abordar la teología y la reflexión religiosa. Esta influencia contribuyó a desarrollar en él un gusto duradero por el estudio, la reflexión y una sólida formación intelectual.

El Hermano Michel Sauvage, por entonces director de *Jesus Magister*, también ejerció una importante influencia sobre él. El Hermano Vincent admiraba de él su gran autoridad espiritual, su capacidad de discernimiento y su visión ilustrada de la formación religiosa. A través de su estilo de gobernanza y de acompañamiento, descu-

brió una forma exigente, pero profundamente humana, de dirigir a las personas y las instituciones.

También mencionaba al Hermano Félix del Hoyo, responsable de la secretaría del Instituto. Este se distinguía por su rigor, su sentido de la organización y su eficacia en el servicio a la comunidad. El Hermano Vincent quedó marcado por esa capacidad de servir humildemente a la misión a través de responsabilidades administrativas a menudo discretas, pero esenciales para el buen funcionamiento del Instituto.

El Hermano Neri, originario de Brasil, representaba, por su parte, el impulso misionero del Instituto en América Latina. A través de su testimonio y su compromiso, el Hermano Vincent descubrió otra forma de vivir el carisma lasaliano en contextos culturales diferentes, marcados por retos sociales y pastorales particulares. Esta apertura misionera amplió profundamente su visión sobre el alcance universal de la obra educativa de los Hermanos.

Por último, el Hermano Maurice Auguste también dejó una profunda huella en su trayectoria. De nacionalidad belga y Postulador General del Instituto, manifestaba un profundo apego a la historia y a la memoria del Instituto. En contacto con él, el Hermano Vincent tomó mayor conciencia de la importancia de preservar y transmitir el legado espiritual lasaliano a las generaciones futuras.

Estos encuentros no fueron meros contactos académicos o institucionales. Contribuyeron verdaderamente a forjar el pensamiento y la visión del Hermano Vincent. A través de estas figuras internacionales, descubrió diferentes for-

mas de vivir el carisma lasaliano: la inteligencia teológica, la autoridad espiritual, el servicio humilde, el dinamismo misionero y la fidelidad al legado del Instituto.

En ese clima de fraternidad internacional, comprendió progresivamente que la misión lasaliana traspasaba con creces las fronteras de Madagascar y se inscribía en una dinámica universal al servicio de la Iglesia y de la juventud de todo el mundo.

3. Una apertura a la universalidad de la Iglesia y de la misión

La estancia del Hermano Vincent en Roma supuso también una experiencia intercultural especialmente fructífera. Al convivir a diario con religiosos procedentes de distintos continentes, experimentó de forma concreta la universalidad de la Iglesia y la riqueza de la diversidad humana.

Los intercambios con Hermanos procedentes de África, América Latina, Europa, Asia y otras regiones del mundo le permitieron descubrir realidades muy diferentes de las que conocía en Madagascar. Cada cultura expresaba la fe, la vida religiosa y la misión educativa de una manera particular, sin dejar de estar profundamente unida en el mismo espíritu evangélico y lasaliano.

Esta diversidad cultural despertó en él una comprensión más profunda de la Iglesia universal. Tomó conciencia de que la Iglesia no podía reducirse a una sola cultura o a una sola forma de vivir la fe. Por el contrario, encontraba

su riqueza en la comunión entre pueblos diferentes, llamados a caminar juntos en la fidelidad al Evangelio.

El Hermano Vincent descubrió asimismo la pluralidad de formas que podía adoptar la Misión Educativa Lasaliana según los contextos sociales y culturales. En algunos países, los Hermanos se dedicaban a la enseñanza escolar clásica; en otros, trabajaban más bien en contextos de pobreza, de promoción humana o de evangelización. Esta diversidad misionera reforzó en él la convicción de que el carisma lasaliano debía adaptarse siempre a las necesidades reales de los jóvenes y de las sociedades.

Poco a poco, esta apertura internacional transformó profundamente su forma de concebir la vocación religiosa. Comprendió que la misión educativa no podía ser plenamente fecunda sin una sólida formación intelectual, una vida espiritual profunda, un verdadero espíritu de fraternidad universal y una capacidad de apertura a las diferentes culturas.

Esta experiencia romana también desarrolló en él un gran sentido de la responsabilidad eclesial y misionera. Tomó conciencia de que cada Hermano, aunque estuviera arraigado en una realidad local, participaba en una misión mucho más amplia al servicio de la Iglesia universal y de la juventud de todo el mundo.

Así, la etapa romana supuso un punto de inflexión decisivo en su itinerario vocacional. En ella se combinaron armoniosamente: la formación académica, la maduración espiritual, las experiencias interculturales y la apertura a la misión universal del Instituto.

Este período preparará al Hermano Vincent para ejercer más adelante importantes responsabilidades internacionales en el seno del Instituto, con una visión profundamente abierta, fraterna y universal de la Misión Lasaliana.

CAPÍTULO V:
Misión apostólica y responsabilidades en el Instituto

1. Stella Maris – Tamatave: los comienzos de un joven director misionero

Tras completar sus tres años de estudios teológicos en Roma, el Hermano Vincent fue enviado en 1964 a la comunidad de Stella Maris, en Tamatave. Recién graduado del Instituto *Jesus Magister* y animado por un profundo celo apostólico, recibió la misión de acompañar los inicios de una obra educativa aún joven y en plena fase de estructuración.

Este destino suponía un auténtico reto misionero. El centro acababa de ser fundado por el Instituto y todo quedaba por construir: la organización material de la escuela, la elaboración de un espíritu educativo coherente y la puesta en marcha de una dinámica comunitaria estable. En este contexto pionero, el Hermano Vincent demostró un gran sentido de la responsabilidad y una notable capacidad de organización.

Nombrado director del centro, no limitó su misión a las meras tareas administrativas. Fiel al espíritu de San Juan Bautista de La Salle, consideraba que la autoridad educativa debía ejercerse con cercanía, sencillez y servicio. Por ello, se implicó plenamente en la vida cotidiana de la escuela, compartiendo las preocupaciones de los profesores y manteniéndose cercano a los alumnos.

Paralelamente a sus responsabilidades directivas, participó directamente en la enseñanza, especialmente en el ámbito de la catequesis. Para él, la educación cristiana no consistía solo en transmitir conocimientos académicos, sino también en formar las conciencias, despertar la fe y desarrollar el sentido de los valores humanos y evangélicos en los jóvenes.

El Hermano Vincent contribuyó progresivamente a instaurar un clima educativo profundamente marcado por la fraternidad, la cercanía con los jóvenes, la atención a cada persona, el rigor en el trabajo y el espíritu de servicio.

Este estilo educativo, basado en la escucha y la presencia atenta, ya reflejaba las grandes cualidades humanas que marcarían toda su vida religiosa: don de gentes, discernimiento, sencillez y preocupación por el bien común.

Aunque esta misión en Stella Maris solo duró un curso escolar, de 1964 a 1965, resultó especialmente significativa. Permitió al Hermano Vincent demostrar sus capacidades de liderazgo y su aptitud para dirigir comunidades educativas en contextos exigentes y en desarrollo.

Sus superiores reconocieron rápidamente en él a un hombre capaz de asumir mayores responsabilidades al servicio del Instituto. Esta breve pero intensa experiencia apostólica ya preparaba la importante misión que pronto se le confiaría: la de Visitador del Distrito de Antananarivo.

2. Visitador del Distrito de Antananarivo: un liderazgo fraterno y participativo

Con apenas treinta y cinco años, el Hermano Vincent fue nombrado Visitador del Distrito de Antananarivo tras una consulta a los Hermanos del Distrito y la visita del Hermano Asistente. Este nombramiento lo convirtió en el segundo Visitador autóctono del Instituto en Madagascar, lo que supuso un hito importante en el arraigo local del Instituto.

Esta responsabilidad le fue confiada en un contexto eclesial e institucional marcado por profundos cambios, sobre todo bajo la influencia del Concilio Vaticano II. A pesar de su juventud, el Hermano Vincent demostró una gran madurez en el ejercicio del gobierno y una conciencia lúcida de los retos que conllevaba esta misión.

Consciente de que tal cargo no podía asumirse en solitario, optó por crear un auténtico *«equipo del Visitador»* compuesto por otros tres Hermanos. Esta decisión ya ponía de manifiesto su concepción profundamente fraterna y participativa de la autoridad. Daba prioridad a la colegialidad, al discernimiento compartido, a la consulta y a la corresponsabilidad en la toma de decisiones.

Este modo de gobernanza era innovador para la época. El Hermano Vincent desarrolló así una visión del liderazgo cercana a lo que más tarde se denominaría un enfoque sinodal: gobernar con los demás en lugar de hacerlo en solitario, escuchar antes de decidir, fomentar la participación de cada uno en la misión común.

Junto con su equipo, recorría regularmente el Distrito para visitar las comunidades de los Hermanos y los centros educativos. Estas visitas no eran meras inspecciones administrativas. Constituían, sobre todo, momentos de escucha, de ánimo y de acompañamiento fraterno. Concedía gran importancia a la cercanía con los Hermanos y al conocimiento concreto de las realidades vividas sobre el terreno.

Bajo su gobierno, el Distrito vivió un clima de mayor participación y dinamismo apostólico. El Hermano Vincent velaba por mantener la unidad entre las comunidades, al tiempo que fomentaba las iniciativas locales y el desarrollo de la misión educativa. Su autoridad se caracterizaba menos por la imposición que por la persuasión, la escucha, la confianza mutua y la atención a las personas.

También prestaba especial atención a la formación de los Hermanos jóvenes y al desarrollo de las vocaciones locales. Para él, el futuro del Instituto en Madagascar dependía en gran medida de la capacidad de los Hermanos malgaches para asumir progresivamente responsabilidades importantes en el Instituto.

Así, su mandato como Visitador contribuyó en gran medida a consolidar la identidad del Distrito de Antananarivo y a preparar una nueva generación de responsables lasalianos arraigados en la cultura malgache, sin dejar de estar abiertos a la dimensión universal del Instituto.

3. Participación en los Capítulos Generales: en el corazón de la renovación del Instituto

Como Visitador del Distrito de Antananarivo, el Hermano Vincent participó en el 39.º Capítulo General del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, celebrado en Roma entre 1966 y 1967. Esta asamblea revistió una importancia histórica especial para el futuro del Instituto.

Este Capítulo se desarrolló en el contexto de la renovación impulsada por el Concilio Vaticano II. El Instituto se veía entonces llamado a replantearse su misión, su espiritualidad y sus estructuras para responder a los nuevos retos del mundo contemporáneo. El Hermano Vincent tuvo así la oportunidad de participar directamente en las grandes reflexiones que iban a orientar de forma duradera la vida de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

El Capítulo se caracterizó, en particular, por la elección del Hermano Charles Henry Buttimer como primer Superior General estadounidense del Instituto. Este acontecimiento simbolizaba la creciente apertura del Instituto a su dimensión internacional y la progresiva diversificación de sus órganos de gobierno.

Esta asamblea también dio lugar a un texto fundamental: *«Declaración del Hermano de las Escuelas Cristianas en el mundo actual»*. Este documento proponía una reflexión en profundidad sobre la identidad y la misión del Hermano en un mundo en rápida transformación. Invitaba a los religiosos a renovar su forma de vivir la vocación lasaliana a la luz del Evangelio y de las orientaciones conciliares.

El Hermano Vincent participó en este período de discernimiento eclesial junto a numerosas figuras destacadas del Instituto, entre las que se encontraban Charles Henry Buttimer, Maurice Auguste, Michel Sauvage, José Pablo Basterrechea, Bernard Mérian y otros destacados responsables del Instituto.

Estos intercambios internacionales reforzaron aún más su apertura eclesial y su comprensión de los retos de la misión educativa en un mundo en transformación.

Tras su mandato como Visitador, fue enviado de nuevo a Roma para cursar una formación en el Centro Internacional Lasaliano (CIL). Poco después de su llegada, fue llamado a participar en la preparación del 40.º Capítulo General como miembro de la Comisión Preparatoria.

El 40.º Capítulo General, celebrado en 1976, supuso una nueva etapa importante en su trayectoria. El Hermano Vincent participó activamente en él, contribuyendo a las reflexiones sobre el futuro del Instituto y sobre la evolución de la Misión Lasaliana en diferentes contextos culturales y sociales.

Al término de este Capítulo, fue elegido Consejero General, lo que ponía de manifiesto la confianza que el Instituto depositaba en él a nivel internacional. Esta elección marcaba el inicio de una nueva etapa en su compromiso al servicio del Instituto global.

4. Consejero General: una misión internacional al servicio del Instituto

La elección del Hermano Vincent como Consejero General en 1976 marcó una etapa fundamental en su trayectoria religiosa y misionera. Al pasar a formar parte del Gobierno general del Instituto, asumió una responsabilidad de dimensión internacional que marcaría profundamente su vida y su obra.

Su mandato se renovó en varias ocasiones hasta 1993, lo que da testimonio de la confianza duradera que los Superiores y los Hermanos depositaban en sus competencias, su sabiduría y su sentido del discernimiento. Durante casi diecisiete años, participó activamente en las grandes orientaciones del Instituto en todo el mundo.

En el seno del Consejo General, se le encomendó, en particular, la responsabilidad de varios sectores importantes, entre los que se encontraban Bélgica Norte, Bélgica Sur y diversas realidades lasalianas africanas.

Esta misión implicaba numerosos desplazamientos, visitas periódicas a las comunidades y un acompañamiento atento a los responsables locales. El Hermano Vincent se entregó plenamente a esta tarea, velando por mantener estrechas relaciones fraternas con los Hermanos Visitadores de los Distritos bajo su responsabilidad. Su estilo de gobierno se caracterizaba por la sencillez, la escucha, el diálogo y la cercanía con las personas. Consideraba que la autoridad debía ser, ante todo, un servicio prestado a la misión y a los Hermanos.

Durante su estancia en Roma, fue nombrado también presidente de la comunidad malgache de Roma, que agrupa a sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos malgaches presentes en la Ciudad Eterna. A través de esta responsabilidad, contribuyó a reforzar los lazos fraternos entre sus compatriotas y a apoyar su integración en un contexto internacional.

Siempre preocupado por formarse y actualizar sus competencias, fue enviado a Inglaterra entre 1993 y 1994 para realizar un curso de actualización y renovación. Esta iniciativa ponía de manifiesto su deseo constante de mantenerse atento a la evolución de la Iglesia, la pedagogía y la misión educativa.

Posteriormente, de 1994 a 1998, fue llamado a desempeñar el cargo de formador en el Centro Internacional Lasaliano (CIL). En esta misión, acompañó a Hermanos procedentes de numerosos países, compartiendo con ellos su experiencia, su visión del Instituto y su profunda adhesión al carisma lasaliano.

A lo largo de este prolongado período al servicio del Consejo General, el Hermano Vincent se convirtió progresivamente en una figura reconocida del Instituto internacional, apreciado por su inteligencia, su capacidad de diálogo, su conocimiento de las realidades africanas y malgaches, su apertura intercultural y su profunda fidelidad a la misión educativa de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

5. El Hermano Vincent y su contribución al desarrollo de la Misión Lasaliana en África

Entre las numerosas responsabilidades que asumió como Consejero General, el compromiso del Hermano Vincent con el desarrollo de la Región lasaliana de África ocupa un lugar absolutamente destacado. Encargado de supervisar el Instituto en África en todas sus dimensiones, dedicó gran parte de su energía a acompañar el auge de la Misión Lasaliana en el continente.

Desempeñó un papel decisivo en la promoción y la estructuración de la RELAF (*Región Lasaliana de África*). Esta organización regional tenía como objetivo reforzar la cooperación entre los distintos Distritos, Subdistritos, Sectores y Delegaciones de África.

Bajo su impulso, la RELAF desarrolló progresivamente estructuras de coordinación, espacios de concertación, colaboraciones interafricanas y vínculos con otras Regiones lasalianas del mundo.

El Hermano Vincent mantenía una nutrida correspondencia con el fin de fomentar las ayudas económicas, los intercambios de personal, las visitas recíprocas y los proyectos de cooperación internacional.

También prestó especial atención a las casas de formación. Convencido de que el futuro de la misión dependía de la calidad de la formación religiosa y humana de los Hermanos jóvenes, apoyaba activamente a los formadores, el suministro de libros espirituales, los programas de

formación y el acompañamiento de las comunidades de formación.

En determinadas circunstancias, él mismo aceptó asumir puntualmente funciones de formador cuando las necesidades lo exigían.

También fue uno de los organizadores y animadores de las sesiones del CLAF (*Centro Lasaliano Africano*), destinadas especialmente a preparar a los jóvenes Hermanos africanos para los votos perpetuos. En este contexto, intervenía con frecuencia como conferenciante y acompañante espiritual.

Muy cercano a los Visitadores y responsables de los Distritos africanos, daba prioridad a una relación de confianza y diálogo. Siempre estaba disponible para mantener conversaciones personales, ofrecer consejos y ayudar a discernir las situaciones, a veces complejas, a las que se enfrentaban las comunidades.

El Hermano Vincent también realizaba numerosas visitas pastorales a los Distritos, Subdistritos y Delegaciones de África. A pesar de las múltiples responsabilidades del Consejo General, se esforzaba por estar presente sobre el terreno en los grandes acontecimientos: Capítulos locales, asambleas, ceremonias de votos, situaciones urgentes o encuentros de formación.

También mostró una gran preocupación por la autonomía progresiva de los Distritos africanos. En sus intervenciones y recomendaciones, fomentaba la preparación de los Hermanos para las responsabilidades locales, la

planificación institucional, la búsqueda de financiación y el desarrollo de una gobernanza adaptada a las realidades africanas.

Visionario y hombre de iniciativa, participó asimismo en la reflexión y la gestión de nuevas fundaciones lasalianas en África. Apoyaba los proyectos innovadores capaces de responder a las nuevas necesidades educativas y pastorales del continente.

Además, mantuvo estrechas relaciones con las autoridades eclesiásticas africanas, las diócesis, las instituciones universitarias y diversas organizaciones educativas.

Gracias a su apertura, su dominio de varios idiomas y su conocimiento de la realidad internacional, se convirtió progresivamente en una figura importante de la Misión Educativa Lasaliana en África.

Así, a través de sus múltiples compromisos, el Hermano Vincent contribuyó en gran medida al arraigo del carisma lasaliano en África, a la consolidación de las estructuras regionales, a la formación de los jóvenes Hermanos y al desarrollo de una visión africana y universal de la misión educativa.

CAPÍTULO VI:
Servicio a la Iglesia de Madagascar

1. Secretario Coordinador del Episcopado de Madagascar (2000-2009)

Tras largos años de servicio en el Gobierno General del Instituto y numerosas responsabilidades internacionales, el Hermano Vincent fue llamado a poner su experiencia al servicio directo de la Iglesia de Madagascar. Esta nueva etapa de su misión comenzó en el año 2000, con motivo de la visita *ad limina* de la Conferencia Episcopal de Madagascar al Santo Padre Juan Pablo II en Roma.

La Conferencia Episcopal de Madagascar, que en aquel momento no contaba con un secretario en su delegación, solicitó expresamente la ayuda del Hermano Vincent. Tras consultarlo, el Hermano John Johnston, Superior General, dio su consentimiento para que pudiera acompañar a los obispos malgaches en esta importante misión eclesial.

Durante esta visita oficial al Vaticano, el Hermano Vincent se encargó con rigor de tomar notas de los encuentros, del apoyo administrativo, de la coordinación de los intercambios con los distintos dicasterios y del seguimiento organizativo de las reuniones con el Santo Padre y las congregaciones romanas.

Su sentido de la organización, su discreción y su capacidad para las relaciones interpersonales no tardaron en llamar la atención y ser apreciadas por los obispos mal-

gaches. Esta experiencia marcó el inicio de una estrecha colaboración con la Conferencia Episcopal de Madagascar.

Poco después de esta visita *ad limina*, la Conferencia Episcopal solicitó oficialmente su regreso definitivo a Madagascar para que pudiera continuar su servicio en la Iglesia local. Tras el acuerdo del Superior General, el Hermano Vincent regresó a su país y fue nombrado Secretario Coordinador del Episcopado de Madagascar.

Desempeñó esta responsabilidad desde el año 2000 hasta 2009, es decir, durante nueve años de intenso servicio en la sede del Episcopado en Antanimena, en Antananarivo. Esta misión exigía una gran disponibilidad, así como un profundo conocimiento de las realidades eclesiales y administrativas.

Como Secretario Coordinador, el Hermano Vincent se encargó, en particular, de la coordinación administrativa de los servicios del Episcopado, la preparación de las reuniones de la Conferencia Episcopal, el seguimiento de las decisiones tomadas por los obispos, la redacción de documentos y correspondencia, así como el acompañamiento diario de los obispos en sus diversas responsabilidades pastorales.

Gracias a la experiencia internacional adquirida en el Consejo General del Instituto, aportó una valiosa competencia en materia de organización, gestión de expedientes, relaciones institucionales y coordinación de actividades eclesiales.

Su dominio de varios idiomas y su conocimiento de las realidades africanas y romanas facilitaban asimismo las relaciones con los organismos eclesiales internacionales.

Durante este periodo, residió en la comunidad episcopal de Antanimena, sin dejar de estar vinculado sucesivamente a varias comunidades lasalianas de la capital:

- Sainte-Famille de Mahamasina (2003-2005);
- Saint-Joseph d'Andohalo (2005-2006);
- y, posteriormente, Beato Rafiringa en Faravohitra (2006-2009).

A través de este servicio discreto pero fundamental, el Hermano Vincent contribuyó a reforzar la calidad del trabajo colegiado de los obispos malgaches y a apoyar la misión pastoral de la Iglesia en Madagascar. Su fidelidad, su rigor y su espíritu de servicio hacían de él un colaborador apreciado y respetado por todo el episcopado.

2. Director de publicación de *Lakroan'i Madagasikara*: una misión al servicio de la verdad

Paralelamente a sus responsabilidades en la Conferencia Episcopal, el Hermano Vincent fue nombrado director de publicación del semanario católico *Lakroan'i Madagasikara*[8] («La Cruz de Madagascar»).

8 Se trata de la publicación semanal oficial de la Iglesia católica en Madagascar. Traducido literalmente al francés, su título significa «La Cruz de Madagascar».

Esta misión mediática suponía una importante responsabilidad en un contexto social y político a veces tenso, en el que los medios de comunicación desempeñaban un papel fundamental en la información a la población y en los debates públicos. El Hermano Vincent consideraba esta función no como un simple trabajo periodístico, sino como un auténtico servicio a la verdad y a la Iglesia.

Bajo su dirección, el periódico se esforzó por promover una información honesta, un discurso responsable, el respeto a la dignidad humana y la defensa de los valores evangélicos.

Velaba especialmente para que la comunicación eclesial se mantuviera fiel a la misión profética de la Iglesia, evitando al mismo tiempo las manipulaciones ideológicas o partidistas.

El Hermano Vincent demostró, en particular, un gran valor durante la crisis política malgache de 2002. En un artículo publicado por *Midi Madagasikara* el 2 de octubre de 2002, denunció públicamente ciertas campañas de desinformación dirigidas contra la Iglesia católica y varios responsables eclesiásticos.

Ante las acusaciones y las manipulaciones mediáticas, adoptó una postura clara para defender la verdad de los hechos, el honor de la Iglesia, la dignidad de los obispos y los sacerdotes, así como el discernimiento cristiano en el uso de la información.

En su declaración, recordó con firmeza que la Iglesia Católica no apoyaba a ningún poder político en particu-

lar, sino que defendía ante todo la justicia, la verdad y el respeto a la elección del pueblo malgache.

Denunció asimismo los intentos de manipulación mediática que pretendían crear divisiones en el seno de las instituciones eclesiales. Su intervención dio muestra de una gran lucidez y de un profundo apego a la ética de la información.

A través de su compromiso periodístico, el Hermano Vincent demostró que la Misión Educativa Lasaliana también podía ejercerse en el ámbito de la comunicación social. Para él, informar significaba iluminar las conciencias, favorecer el discernimiento, promover la paz social y defender la dignidad de las personas.

Su labor como director de publicación puso de manifiesto, una vez más, su valentía moral, su fidelidad a la Iglesia, su exigencia de verdad y su profundo sentido de la responsabilidad pública.

3. El Hermano Vincent al servicio de la reflexión eclesial y educativa en África

Más allá de sus responsabilidades administrativas y mediáticas, el Hermano Vincent siguió profundamente comprometido con la reflexión intelectual y pastoral de la Iglesia en África. Su experiencia internacional, su formación teológica y su conocimiento de las realidades eclesiales hacían de él una personalidad especialmente apreciada en los ámbitos religiosos y educativos.

Participó, en particular, en el primer Sínodo de los Obispos de África, un acontecimiento fundamental en la vida de la Iglesia africana. Esta asamblea permitió a los obispos, religiosos y expertos del continente reflexionar juntos sobre los retos pastorales, sociales y espirituales del África contemporánea.

En esa ocasión, el Secretario General de los obispos de África pidió personalmente al Hermano Vincent que impartiera una conferencia sobre la vida religiosa en África.

Aunque se sentía humildemente poco preparado para tal responsabilidad, aceptó esta misión con sencillez y espíritu de servicio. Su intervención fue muy bien recibida y aplaudida calurosamente por numerosos consagrados presentes en el Sínodo.

Este reconocimiento ponía de manifiesto la profundidad de su reflexión y su gran conocimiento de la vida religiosa africana, de los retos de la formación, de las realidades culturales del continente y del futuro de la misión educativa de la Iglesia en África.

A lo largo de esos años, el Hermano Vincent participó también en diversas conferencias, encuentros eclesiales y sesiones de reflexión. Intervenía con frecuencia sobre la Misión Lasaliana, la formación religiosa, la educación cristiana, el lugar de los religiosos en la Iglesia africana y la evangelización en los contextos contemporáneos.

A través de sus artículos, conferencias y intervenciones en algunos medios de comunicación, especialmente en Radio Vaticana o en diversos medios africanos, contribu-

yó a dar a conocer la obra educativa lasaliana, la misión de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y los retos de la evangelización en África.

Su compromiso intelectual nunca se reducía a una reflexión teórica. En él, el pensamiento siempre estaba vinculado a la misión concreta y al servicio de las personas. Buscaba, ante todo, ayudar a la Iglesia a responder mejor a las expectativas de los jóvenes, a los retos educativos, a los cambios sociales y a las necesidades espirituales del continente africano.

Gracias a su inteligencia, su capacidad de análisis y su apertura intercultural, el Hermano Vincent se convirtió progresivamente en una referencia respetada en los ámbitos eclesiales y lasalianos.

Así, a través de su compromiso al servicio de la Iglesia de Madagascar y de África, manifestó hasta el final una profunda fidelidad a su vocación religiosa, poniendo su experiencia, sus conocimientos y su sabiduría al servicio de la Iglesia, de la misión educativa y de la formación de las generaciones futuras.

CAPÍTULO VII:
Últimas misiones y casa de retiro

1. Una fidelidad incansable al servicio de las comunidades y de la misión

Tras varias décadas asumiendo responsabilidades internacionales, eclesiales y educativas, el Hermano Vincent continuó su misión con la misma fidelidad al servicio de las comunidades del Distrito. Incluso a una edad avanzada, siguió estando disponible para atender las necesidades de su Distrito y continuar acompañando a sus hermanos con sabiduría y discreción.

En 2009 fue nombrado director de la comunidad de San José de Ambohimangakely, una casa que acogía principalmente a Hermanos de edad avanzada o jubilados. Esta comunidad también desarrollaba actividades agrícolas y ganaderas que contribuían a la vida cotidiana de la casa.

El Hermano Vincent desempeñó esta responsabilidad hasta 2014. En esta misión concreta, supo aportar a la vez: su experiencia en el gobierno, su cercanía fraternal y su sentido práctico de la organización.

Animaba a los miembros de la comunidad a mantenerse activos e implicados en las tareas cotidianas, fomentando así un espíritu de colaboración y de responsabilidad compartida.

A pesar del carácter más apartado de esta misión, su comunidad seguía siendo un lugar de paso y de consejo para

numerosos Hermanos. Gracias a su excepcional trayectoria como Visitador, Consejero General y Colaborador de la Iglesia de Madagascar, muchos acudían a él en busca de consejos, acompañamiento espiritual, una escucha atenta o, simplemente, un testimonio de su experiencia.

Al Hermano Vincent le gustaba especialmente compartir las lecciones aprendidas en sus numerosas misiones en África, Roma y Madagascar. Sus relatos y reflexiones enriquecían a las jóvenes generaciones de Hermanos y contribuían a transmitir la memoria viva de la Misión Lasaliana.

Debido a su edad, su sabiduría y su experiencia, también fue miembro del Consejo del Distrito. Su palabra se escuchaba con respeto y sus intervenciones siempre denotaban un gran sentido del discernimiento y del equilibrio.

En 2014 se le confió una nueva misión: la de director de la comunidad de San Luis de Gonzaga de Ambositra. Desempeñó esta responsabilidad hasta 2025, dando una vez más testimonio de su total disponibilidad al servicio del Instituto a pesar de su avanzada edad.

En esta comunidad, se implicó especialmente en el acompañamiento de los jóvenes responsables del colegio y de los Hermanos jóvenes comprometidos con la misión educativa. Con su presencia serena y su experiencia, aportaba apoyo, orientación, ánimo y sabiduría en las decisiones importantes.

Su forma de ejercer la autoridad seguía siendo profundamente fraternal. Daba prioridad a la escucha, el diálogo, la confianza y la responsabilización de las personas.

Incluso en responsabilidades más modestas que las que había desempeñado anteriormente, el Hermano Vincent conservaba la misma fidelidad al espíritu de servicio y a la misión educativa de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

2. El Hermano Vincent, formador y guía espiritual de los Hermanos jóvenes

Hasta los últimos años de su vida activa, el Hermano Vincent siguió profundamente comprometido con la formación de los Hermanos jóvenes. Esta misión había marcado toda su vida religiosa y constituía uno de los hilos conductores de su vocación.

Ya en los años de formación inicial, había destacado por sus cualidades como pedagogo, acompañante y formador. Con el tiempo, esta experiencia se había enriquecido con una profunda sabiduría humana y espiritual, lo que le convirtió en una referencia respetada dentro del Distrito.

Incluso después de dejar las grandes responsabilidades internacionales y eclesiales, siguió comprometiéndose activamente en la formación religiosa, la enseñanza, el acompañamiento espiritual y la transmisión del carisma lasaliano.

A través de los intercambios personales, los consejos fraternos y los momentos de formación, ayudaba a los jóvenes Hermanos a profundizar en su vocación, su vida espiritual, su sentido de la misión y su fidelidad al espíritu de San Juan Bautista de La Salle.

El Hermano Vincent concedía gran importancia a la calidad de la vida interior y a la fidelidad a los compromisos religiosos. Hombre profundamente espiritual, se tomaba muy en serio los momentos de oración comunitaria y personal.

Los testimonios destacan que era exigente con los jóvenes en formación en lo que se refería al respeto de los ejercicios espirituales, la fidelidad a la oración, la disciplina comunitaria y la seriedad en la vocación religiosa.

Sin embargo, esta exigencia iba siempre acompañada de una gran benevolencia, de un profundo respeto por las personas y de una auténtica humildad. Sabía escuchar con paciencia y orientar con delicadeza a quienes acudían a él en busca de apoyo o discernimiento.

El Hermano Vincent también participó en la formación intelectual de los jóvenes Hermanos. Gracias a su dominio de varios idiomas y a su dilatada experiencia internacional, impartió, entre otras cosas, clases de inglés y enseñanzas sobre la vida del Fundador, san Juan Bautista de La Salle.

Su acompañamiento nunca se limitaba a una enseñanza teórica. Con su ejemplo personal, daba testimonio de una vida sencilla, de una gran fidelidad religiosa, de un profundo sentido comunitario y de un auténtico espíritu de servicio.

Los Hermanos jóvenes veían en él a un hombre profundamente coherente, cuya palabra se sustentaba en toda una vida de oración, misión y dedicación.

Así, hasta una edad muy avanzada, el Hermano Vincent siguió ejerciendo esa misión discreta pero esencial de transmisor de la memoria, guía espiritual y testigo vivo de la tradición lasaliana.

3. El Hermano Vincent al servicio del legado espiritual del Beato Rafiringa

Entre 2015 y 2018, el Hermano Vincent recibió una misión especialmente importante para la memoria espiritual e histórica del Instituto en Madagascar: la de vicepostulador del Beato Hermano Rafiringa.

En el marco de esta responsabilidad, fue destinado a la Casa Provincial de Soavimbahoaka. Esta misión encajaba profundamente con su sensibilidad espiritual y su apego a la historia de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Madagascar.

El Hermano Vincent se comprometió activamente en la difusión del legado espiritual del Beato Rafiringa, figura destacada de la Iglesia malgache y de la misión lasaliana.

A través de esta misión, trató de dar a conocer la santidad del Hermano Rafiringa, su testimonio de fe, su compromiso educativo y su papel en el arraigo del carisma lasaliano en Madagascar.

El Hermano Vincent redactó varios artículos y reflexiones dedicados al Beato Rafiringa. Gracias a su profundo conocimiento de la historia del Instituto y de la espiritualidad lasaliana, supo presentar a esta figura con profundidad y sencillez.

También impartió numerosas conferencias dirigidas a peregrinos, jóvenes en formación, comunidades religiosas y laicos deseosos de conocer mejor al Beato Rafiringa.

Gracias a su talento pedagógico y a su capacidad de comunicación, sabía hacer accesible el legado espiritual del Beato y mostrar su relevancia actual para la Iglesia y la juventud malgache.

El Hermano Vincent participó también en varios programas de radio, sobre todo a través de la Radio Católica Don Bosco. Estas intervenciones contribuyeron en gran medida a difundir la memoria y el mensaje del Beato Rafiringa entre un amplio público.

Esta misión de vicepostulador constituía, en cierto modo, la culminación natural de toda una vida dedicada a la educación, la formación, la transmisión del carisma lasaliano y el servicio a la Iglesia.

A través de esta labor de memoria y evangelización, el Hermano Vincent siguió sirviendo con pasión a la misión educativa y espiritual de su Instituto.

4. Los últimos años: un testimonio de fe, sencillez y fidelidad

Los últimos años del Hermano Vincent estuvieron marcados por la prueba de la enfermedad, pero también por un testimonio especialmente luminoso de fe, sencillez y entrega a Dios.

Durante los últimos siete años de su vida, residió en la residencia de Hermanos mayores de la comunidad de San José de Ambohimangakely, rodeado de otros Hermanos de avanzada edad.

Poco a poco, la artrosis debilitó gravemente su salud y limitó su movilidad. A pesar de los sufrimientos físicos y el cansancio propios de la edad, siempre conservó una gran serenidad, un espíritu de oración y una profunda sencillez de vida.

Ante la perspectiva de una operación de cadera que requería un costoso traslado sanitario al extranjero, el Hermano Vincent tomó una decisión que marcó profundamente a quienes le rodeaban. Prefirió renunciar a esa posibilidad para que los recursos económicos previstos pudieran destinarse a la formación de los Hermanos jóvenes del Instituto.

Esta elección ponía de manifiesto con fuerza su espíritu de sacrificio, su desapego personal, su amor por la misión y la prioridad constante que concedía al futuro del Instituto.

A pesar de su deterioro físico, siguió dando testimonio de una gran fidelidad a la vida comunitaria, de un profundo sentido de la fraternidad y de una intensa vida espiritual.

En varias ocasiones, especialmente entre 2023 y 2025, su estado de salud se deterioró gravemente y tuvo que ser ingresado en la Policlínica de Ankadifotsy. A pesar de esos períodos de sufrimiento, quienes lo visitaban que-

daban impresionados por su calma, su lucidez, su gratitud y su paz interior.

El Hermano Vincent siguió profundamente apegado a la oración y a la fidelidad a los ejercicios espirituales de la comunidad hasta los últimos momentos de su vida.

La mañana del sábado 27 de septiembre fue llamado a la Casa del Padre a la edad de 92 años, tras 73 años de vida religiosa.

Esta fecha revistió un significado especial: la Iglesia celebraba precisamente ese día la fiesta de San Vicente de Paúl, cuyo nombre había recibido en el bautismo. Muchos vieron en ello un signo providencial y la culminación pacífica de una vida totalmente entregada a Dios, a la Iglesia y a la misión educativa.

Así concluyó la larga trayectoria de un religioso que dejó una profunda huella en el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en la Iglesia de Madagascar, en la formación de los jóvenes Hermanos y en varias generaciones de jóvenes y colaboradores.

Con su fidelidad, sabiduría y humildad, el Hermano Vincent deja tras de sí un legado espiritual y humano duradero, que sigue inspirando a todos aquellos que tuvieron la gracia de conocerlo.

CONCLUSIÓN

La vida del Hermano Vincent Rabemahafaly sigue siendo un testimonio profundamente significativo para el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, para la Iglesia de Madagascar y para todos aquellos que tuvieron la gracia de conocerlo. A través de las numerosas responsabilidades que asumió, dejó un legado a la vez educativo, espiritual, humano, eclesial y lasaliano.

A lo largo de su vida, se entregó con fidelidad y humildad al servicio de la misión. Formador atento, educador apasionado, responsable ilustrado y hombre de Iglesia profundamente comprometido, ha dejado huella en varias generaciones de Hermanos, jóvenes en formación, alumnos y colaboradores por su sabiduría, su disponibilidad y su profundidad espiritual.

Su trayectoria revela una personalidad equilibrada, capaz de aunar inteligencia y sencillez, autoridad y fraternidad, rigor y benevolencia. Quienes han convivido con él conservan el recuerdo de un hombre profundamente humano, atento a las personas, exigente en la verdad, pero siempre respetuoso y animado por el deseo de hacer crecer a cada uno.

El Hermano Vincent fue también un hombre de apertura universal. Sus numerosas misiones internacionales, sus responsabilidades en el Consejo General, su compromiso con la Región Lasaliana de África y los servicios prestados a la Iglesia de Madagascar dan testimonio de una vida enteramente consagrada a la misión educativa y evangélica.

Hasta el final de su vida, a pesar de la prueba de la enfermedad, se mantuvo fiel a su espíritu de servicio, llegando incluso a renunciar a ciertos tratamientos costosos para que los recursos disponibles pudieran dedicarse a la formación de los jóvenes Hermanos. Este gesto resume por sí solo la profundidad de su desprendimiento, de su humildad y de su amor por el Instituto.

Su partida hacia la Casa del Padre, el 27 de septiembre de 2025, en la festividad de San Vicente de Paúl, cuyo nombre llevaba, fue vivida por muchos como un signo providencial que coronaba una vida entregada a Dios con fidelidad y sencillez.

Aún hoy, su influencia sigue viva a través de: los Hermanos a quienes acompañó, los jóvenes a quienes formó, las comunidades a las que sirvió, las instituciones que dirigió y las numerosas personas a las que inspiró con su testimonio de fe y fraternidad.

Querido Hermano Vincent: tu vida fue un testimonio luminoso de fidelidad, servicio y compromiso misionero. Gracias por todo lo que has aportado al Instituto, a la Iglesia y a la juventud.

Que el Señor te acoja ahora en su paz y su alegría eternas. Y que tu legado espiritual siga inspirando a las generaciones futuras en el camino de la fe, la fraternidad y el servicio.

ANEXO

Testimonios, Homenajes y Mensajes

Un hombre de fe

El Hermano Vincent estaba profundamente imbuido de fe y se mantuvo fiel toda su vida a la oración, a los ejercicios espirituales y a la vida interior. Iniciado muy pronto en esta relación con Dios por su madre, una mujer piadosa y comprometida con la Iglesia, siempre conservó un gran apego a la oración comunitaria y personal, así como al servicio de los enfermos y los más vulnerables. Como formador y responsable de comunidad, concedía gran importancia a la calidad de la vida espiritual de los Hermanos y de los jóvenes en formación, convencido de que la fidelidad a la vocación religiosa se basa, ante todo, en una relación profunda con el Señor. Su exigencia, nunca dura ni rígida, estaba impulsada por una sincera convicción interior y por el amor a la vida religiosa. Incluso en los últimos años de su vida, marcados por la enfermedad y el sufrimiento, siguió dando testimonio de una gran serenidad, de una profunda confianza en Dios y de una paz interior que impresionaban a todos los que le visitaban.

Un hombre de fraternidad

El Hermano Vincent concedía gran importancia a la vida comunitaria y a la fraternidad religiosa. A lo largo de su

vida, se mantuvo cercano a las personas, atento, respetuoso y profundamente comprometido con la calidad de las relaciones humanas en el seno de las comunidades. Exigente sin ser autoritario, velaba por el respeto de los momentos comunitarios y fomentaba un espíritu de escucha, de compartir y de comunión fraterna. Incluso en sus más altas responsabilidades, conservó una actitud sencilla y benevolente, privilegiando siempre el diálogo, la colegialidad y la confianza mutua en su forma de acompañar a los Hermanos.

Un hombre de gran inteligencia

El Hermano Vincent era reconocido por sus grandes cualidades intelectuales, su apertura de espíritu y su amplia cultura. Formado en Roma, en el Instituto *Jesus Magister*, desarrolló una sólida reflexión teológica, espiritual y pastoral, así como una visión profundamente universal de la Iglesia y de la misión educativa. Curioso, culto y políglota, sabía dialogar con personas de diferentes horizontes y ponía siempre su inteligencia, su discernimiento y su sentido de la responsabilidad al servicio de la formación, el gobierno y la misión lasaliana. Sus hermanos admiraban especialmente su capacidad para aunar profundidad espiritual, sabiduría humana y competencia en el acompañamiento de los Hermanos y de los Distritos, sobre todo en África.

Un hombre íntegro y honesto

El Hermano Vincent era conocido por su rectitud, su honestidad y su profundo apego a la verdad. Exigente tanto consigo mismo como con los demás, rechazaba cualquier concesión a la injusticia o las actitudes ambiguas. Tanto en sus responsabilidades de gobierno como en sus compromisos públicos, actuaba siempre con transparencia, discernimiento y fidelidad a los valores evangélicos. Esta integridad se manifestó especialmente cuando dirigió el periódico católico *Lakroan'i Madagasikara*, donde defendió valientemente el honor de la Iglesia y denunció ciertas manipulaciones mediáticas durante las crisis políticas de Madagascar. Su firmeza, siempre equilibrada por la prudencia y la preocupación por el bien común, revelaba a un hombre profundamente justo, preocupado por iluminar las conciencias y restablecer la verdad.

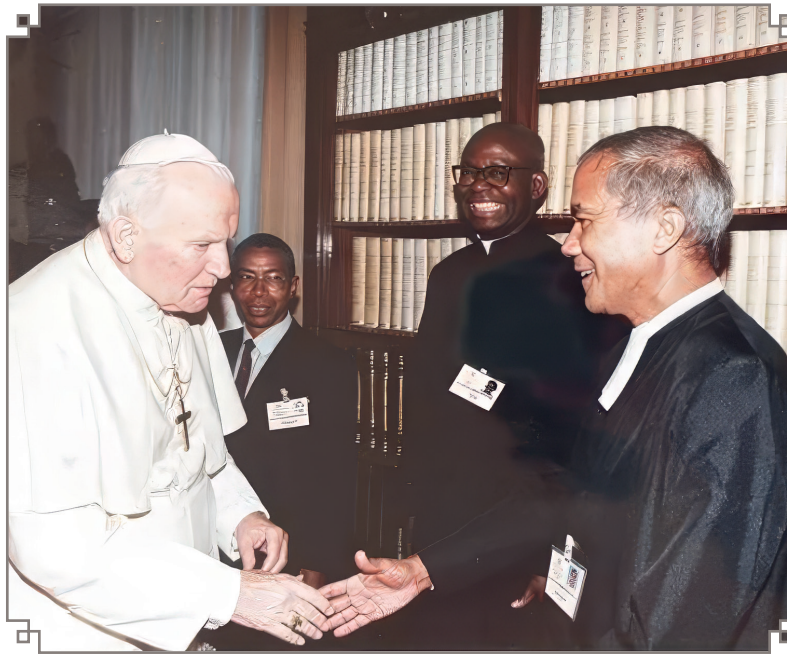
Un hombre humilde

A pesar de las numerosas responsabilidades que desempeñó a lo largo de su vida, el Hermano Vincent fue siempre un hombre profundamente humilde, sencillo y discreto. No buscaba ni los honores ni el protagonismo personal, y siempre compartía sus experiencias con sobriedad y con el deseo de servir a los demás. Los testimonios destacan especialmente su capacidad para reconocer sus errores y pedir perdón, incluso a quienes estaban bajo su autoridad, revelando así una gran autenticidad humana. Su humildad se manifestó también en su espíritu de sacrificio, sobre todo cuando renunció a una costosa evacuación médica al extranjero para que los

recursos pudieran dedicarse a la formación de los Hermanos jóvenes. Con esta actitud, dio testimonio hasta el final de su desprendimiento personal, de su generosidad y de su fidelidad a la misión del Instituto.

Homenajes y mensajes

Al día siguiente de su fallecimiento, llegaron numerosos homenajes y mensajes de solidaridad desde Madagascar, África y todo el Instituto. Las más altas instancias del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas —el Hermano Superior General, el Hermano Vicario General, el Hermano Secretario General, el Consejero General para África, así como los Visitadores de África— expresaron su profunda comunión en la oración y su agradecimiento por la vida ejemplar del Hermano Vincent. Hermanos, antiguos alumnos, colaboradores, familiares y responsables del Instituto rindieron un emotivo homenaje a un hombre de fe, inteligencia y fraternidad, apreciado por su sabiduría, su apertura hacia los demás, su capacidad de diálogo y su valentía en la defensa de la verdad. A través de estos testimonios de despedida se perfilaba el recuerdo de un religioso humilde y profundamente humano, cuya influencia y legado seguirán marcando de forma duradera al Instituto y en particular, a los lasalianos de Madagascar.



Cordial apretón de manos entre el papa Juan Pablo II y el Hermano Vincent RABEMAHAFALY durante el Sínodo de Obispos de la Iglesia en África.



Hermanos de
las Escuelas
Cristianas

La Salle

lasalleorg

www.lasalle.org